



Aportes para un análisis crítico y reflexivo en la formación docente: diálogos entre teoría, empiria e interpretación.

Gonzalo Víctor Humberto Soriano

Resumen

El presente texto aporta a la comprensión del análisis crítico y reflexivo como una herramienta fundamental para la comprensión y transformación de la realidad educativa y social, especialmente en el contexto de la formación docente. Se sostiene que este enfoque constituye un proceso intelectual riguroso, atravesado por una actitud ética, política y epistemológica que interpela prácticas, discursos y marcos conceptuales naturalizados. A través del diálogo entre teoría, empiria e interpretación, se propone una mirada situada que permita desentrañar la complejidad de los fenómenos socioeducativos, visibilizar sus múltiples dimensiones y generar explicaciones fundamentadas. Se destaca la necesidad de promover una actitud de duda, sospecha y revisión constante frente a lo dado, reconociendo el carácter construido, situado e ideológicamente cargado del conocimiento. Finalmente, se presenta una guía didáctica que ejemplifica la articulación entre conceptos teóricos, casos empíricos e interpretaciones, orientada a fortalecer la capacidad de análisis crítico en procesos de formación académica y profesional.

Introducción

En el campo de formación docente, el pensamiento crítico y reflexivo se consolida como una herramienta central para la comprensión y transformación de la realidad. Frente a contextos marcados por la complejidad, la incertidumbre y la constante reconfiguración de sentidos, el análisis crítico y reflexivo emerge como un ejercicio intelectual y ético que habilita la problematización profunda de las prácticas, discursos y estructuras que configuran la experiencia

Gonzalo Víctor Humberto Soriano

Instituto de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Universidad Nacional de Salta (ICSOH-CONICET-UNSa)

gvhsoriano@gmail.com
sorianogonzalo@hum.unsa.edu.ar

Palabras clave: análisis crítico, reflexión, teoría, empiria, interpretación, formación docente.

educativa. Lejos de limitarse a una actitud contemplativa o meramente teórica, este enfoque propone una forma activa de pensar el mundo: una práctica situada, comprometida y orientada a la construcción de nuevos sentidos.

El presente escrito se inscribe en esta perspectiva y se propone aportar a la comprensión del análisis crítico y reflexivo como un proceso que articula teoría, empiria e interpretación, en un diálogo constante y tensionado. A través de este enfoque, se busca no solo describir o interpretar fenómenos educativos y sociales, sino también desnaturalizar las evidencias, develar los supuestos que las sostienen y generar explicaciones que abran camino a la intervención transformadora. En este sentido, el análisis se convierte en una praxis: una forma de conocimiento que interroga lo dado y habilita nuevas posibilidades de acción.

Desde una mirada situada, se abordan los elementos constitutivos del análisis crítico y reflexivo, entendiendo que este requiere una disposición activa a la duda, la sospecha y la revisión constante de los marcos interpretativos. Se ofrece, además, una guía práctica que articula conceptos teóricos, situaciones empíricas e interpretaciones analíticas, con el propósito de favorecer la apropiación de este enfoque por parte de quienes transitan procesos de formación docente o intervención educativa.

El análisis crítico y reflexivo: un proceso intelectual riguroso

El análisis crítico y reflexivo constituye una herramienta fundamental para desentrañar la complejidad inherente a los fenómenos educativos y sociales. En el contexto específico de la formación docente, este enfoque debe ser comprendido como parte de un proceso intelectual riguroso, orientado a la comprensión de las tramas que configuran la realidad educativa y social. Supone una actitud sostenida de problematización que interpela tanto a la práctica como a los marcos conceptuales que la sustentan.

Desde esta perspectiva, toda decisión o acción emprendida por individuos o instituciones, debe concebirse como una experiencia situada, cargada de sentidos, que demanda una reflexión exhaustiva sobre sus múltiples dimensiones y facetas. Este enfoque analítico permite ir más allá de la simple observación o el registro descriptivo de las situaciones. En este sentido, Nicastro (2018) sostiene que el concepto de analizador, en tanto dispositivo, posibilita “descomponer la realidad, dar visibilidad a hechos y situaciones que no eran percibidas o atendidas” (p. 22). Así, el análisis crítico irrumpe en los modos habituales de significar, nombrar y comprender, desnaturalizando concepciones arraigadas, desmantelando supuestos implícitos y develando las prácticas habituales que subyacen en el quehacer educativo.

Asumir este enfoque implica un ejercicio activo de cuestionamiento: problematizar tradiciones pedagógicas, revisar críticamente las propias concepciones sobre la educación, y analizar en profundidad las redes discursivas, simbólicas e institucionales que modelan la experiencia docente. Esta tarea requiere no solo una mirada amplia,

sino también una disposición ética y política frente a los escenarios en los que se interviene (Freire, 2016),

Es fundamental reconocer que la realidad educativa y social no posee un carácter estático, lineal o simple. Por el contrario, está compuesta por una multiplicidad de factores dinámicos e interrelacionados, entre los que se entretajan dimensiones culturales, políticas, económicas, históricas, relaciones de poder asimétricas, y las subjetividades de los diversos actores involucrados en el proceso educativo (Freire, 2016).

Esta complejidad debe ser tomada en cuenta, ya que existe el riesgo de caer en descripciones generalistas, meramente anecdóticas, que banalizan el abordaje analítico y reducen la potencia transformadora de la reflexión (Anijovich y Cappelletti, 2021).

Frente a ello, el análisis crítico y reflexivo se propone desentrañar la densidad de los fenómenos socioeducativos, identificando sus múltiples dimensiones y las intrincadas relaciones que los constituyen. Esto exige una mirada situada y comprensiva, capaz de reconocer cómo los contextos sociales, culturales e institucionales atraviesan las experiencias que participan en ellas.

La práctica docente, entendida como práctica social compleja, multifacética y situada, trasciende la mera aplicación de técnicas didácticas o la transmisión de contenidos curriculares. Es, ante todo, una experiencia humana atravesada por emociones, valores y tensiones éticas y significados construidos colectivamente. Quienes habitan el escenario educativo lo hacen desde sistemas culturales, simbólicos e imaginarios que configuran marcos de sentidos y modos específicos de sentir, pensar y actuar (Nicastro, 2018). En este plano, la reflexión sistemática y profunda sobre la praxis permite a los/as educadores/as tomar conciencia crítica de sus acciones, creencias y supuestos, e ingresar en el entramado social, cultural y político que subyace en ellas (Nicastro, 2018).

En el ámbito educativo, coexisten de manera simultánea una variedad de concepciones teóricas (ideas sobre la educación, el aprendizaje, el rol del/a docente y del/a estudiante, etc.), así como supuestos implícitos que operan como mandatos silenciosos, y prácticas institucionales que, por su reiteración, se naturalizan y escapan al cuestionamiento. El análisis crítico y reflexivo se presenta, entonces, como una herramienta indispensable para hacer visibles estos elementos, interrogarlos a la luz de marcos teóricos y evidencias empíricas, y promover decisiones y acciones más conscientes, contextualizadas y comprometidas con la transformación de la realidad.

Reflexión, duda y sospecha: claves para una comprensión crítica de la realidad

Adoptar una mirada crítica y reflexiva implica asumir una actitud activa frente al conocimiento: una disposición constante a cuestionar, a dudar y a revisar aquello que se suele dar por cierto. Este enfoque trasciende lo meramente intelectual; se trata de una forma de estar en el mundo, de observar la realidad con una desconfianza productiva, interrogando lo evidente y abriendo espacio a nuevas posibilidades.

Como señala Zaffaroni (2005), pensar críticamente demanda romper con lo aparente, ejercer una “actitud de sospecha” frente a las certezas impuestas por el sentido común. Esta perspectiva obliga a tomar distancia de verdades supuestamente consolidadas, a identificar las prenociones que condicionan nuestra mirada y a ponerlas en tensión. No se trata de rechazar todo sin criterio, sino de revisar de forma rigurosa lo que se cree saber para construir interpretaciones más conscientes, comprometidas y complejas.

Este enfoque exige también una toma de conciencia sobre la propia subjetividad: las emociones, intereses, trayectorias y contextos influyen inevitablemente en cómo se comprende y explica el mundo. Reconocer esto no supone renunciar a la búsqueda de objetividad, sino enriquecerla, entendiendo que el conocimiento siempre se produce en relación con quien lo elabora (Guber, 2001). En este sentido, la mirada crítica es también una mirada ética, porque interpela sobre cómo se construye sentido, para quién se lo hace y con qué propósito.

Zaffaroni (2005) introduce el concepto de “duda radical” como herramienta central en este tipo de pensamiento. Se trata de cuestionar no solo los saberes comunes, sino también aquellos validados por los espacios académicos y científicos. Esta duda no paraliza, sino que impulsa a no caer en la trampa de lo obvio y en la ilusión de transparencia, desafiando los marcos establecidos. Además, invita a examinar el lenguaje mismo, que muchas veces encubre construcciones ideológicas bajo una apariencia de neutralidad.

Desde el ámbito de la educación superior, Dallorso et al. (2016) subrayan también la importancia de este enfoque. Proponen pensar en ir más allá de visiones funcionalistas o tecnocráticas del saber, vinculando el pensamiento crítico con los desafíos sociales, políticos y culturales del presente. Esta forma de pensar busca generar comprensiones con impacto en la realidad: dar voz a lo silenciado, abrir debates, cuestionar estructuras injustas y contribuir a la construcción de una sociedad más democrática e inclusiva.

Pensar críticamente, en este sentido, no es un acto aislado ni neutral. Es una práctica humana profundamente ética y política. Implica revisar nuestras propias acciones, tensionar nuestras creencias, escuchar otras miradas y asumir que ningún saber es definitivo (Paredes, 2013). También conlleva la responsabilidad de actuar a partir de ese conocimiento, de convertirlo en herramienta de transformación, en praxis (Freire, 2016).

El propósito último de este enfoque no es solo conocer o describir la realidad, sino intervenir en ella. No basta con identificar lo que no funciona o imaginar lo que podría cambiar; es necesario comprometerse con la creación de sentidos nuevos, con la producción de saberes críticos, creativos, situados y socialmente significativos. Saberes que puedan ser compartidos, debatidos, reconstruidos colectivamente y, sobre todo, puestos al servicio de la dignidad humana (Freire, 2016). En este aspecto, adoptar una actitud crítica y reflexiva es abrirse a una forma distinta de habitar el mundo: una forma que exige atención, incomodidad, preguntas constantes y desconfianza frente a las

respuestas fáciles. Es un camino que invita a explorar, con rigurosidad y pasión, nuevas formas de comprender y transformar la realidad.

Desarrollar esta mirada crítica implica activar la duda, revisar los marcos interpretativos y cuestionar lo aparente (Zaffaroni, 2005). Este pensamiento moviliza y desestabiliza, pero también habilita nuevas comprensiones. Se convierte así en una herramienta clave para la reapropiación epistémica: para recuperar la capacidad de nombrar, explicar e intervenir en el mundo desde una perspectiva situada y consciente (Quintar, 2006).

Abordar el conocimiento desde esta óptica no solo permite imaginar otros mundos posibles, sino también reconstruir el propio lugar como sujeto activo dentro de ellos (Freire, 2016). La crítica, entonces, no es un fin en sí misma, sino un medio para reinventar la acción, revisar el compromiso con la realidad y conectar el saber con los desafíos de cada contexto.

Promover este tipo de pensamiento es, además, reactivar la curiosidad epistémica, recuperar la capacidad de asombro y la potencia de la imaginación. Como plantea Freire (2016), se trata de hacer memoria no solo de lo vivido, sino también de lo posible, y desde allí construir nuevas formas de existencia. En esa línea, pensar críticamente implica asumir una conciencia histórica, una disposición a leer el presente como un campo abierto a la acción transformadora (Zemelman, 1992, en Paredes, 2013). Adoptar un enfoque crítico y reflexivo supone preguntarse no solo qué se conoce, sino también cómo, para qué y desde dónde. Implica promover subjetividades capaces de cuestionar, imaginar, crear y transformar, entendiendo que el conocimiento no es neutral ni inofensivo, sino una herramienta política y ética para la construcción de un mundo más justo y plural.

Elementos clave del análisis crítico-reflexivo

Tal como se ha desarrollado anteriormente, el análisis crítico-reflexivo implica adoptar una postura activa y profundamente cuestionadora frente a la realidad. Este tipo de análisis subraya la importancia de reconocer la práctica docente como una experiencia humana integral, que abarca no solo aspectos cognitivos o técnicos, sino también dimensiones emocionales, éticas, interpersonales y políticas. Asimismo, promueve la explicitación y el análisis sistemático de las concepciones teóricas, los supuestos implícitos y las prácticas institucionales que inciden en la acción educativa. Adoptar este enfoque permite tomar conciencia de las ideas, creencias y hábitos que configuran el quehacer docente, sometiéndolos a una evaluación crítica en términos de su validez, coherencia y eficacia. A partir de ello, es posible identificar, cuestionar y transformar aquellas concepciones, supuestos y prácticas que resulten limitantes, sesgados o contraproducentes para el logro de los objetivos educativos.

En consecuencia, puede sostenerse que el análisis crítico-reflexivo constituye un pilar fundamental para la formación docente y el desarrollo profesional de los/as educadores/as. Al fomentar una mirada profunda, comprometida y orientada a la transformación

de la realidad educativa y social, este enfoque permite visibilizar los elementos que operan en dicha realidad, analizarlos a la luz de marcos teóricos y, cuando sea necesario, intervenir para modificarlos.

Desde esta perspectiva, es posible identificar que dicho enfoque se sustenta en la integración de tres componentes fundamentales: la teoría, la empiria (ya sea una situación real o ficticia) y la interpretación. En lo que refiere a la primera, ésta proporciona el marco conceptual y las herramientas analíticas para analizar la realidad. No se trata simplemente de aplicar teorías de manera mecánica, sino de utilizarlas como guías para formular preguntas relevantes, identificar patrones y relaciones, y construir explicaciones fundamentadas. En este aspecto, la teoría es esencial para desentrañar todos aquellos elementos que se encuentran presentes en la realidad (Paredes, 2013). Permite ir más allá de la superficie de los eventos y descubrir las estructuras subyacentes, las dinámicas de poder y las contradicciones que los configuran. Respecto a la empiria, esta refiere a los datos, los hechos, las observaciones o las narrativas que constituyen el objeto de análisis. Puede tratarse de situaciones reales, como un evento histórico, una práctica social o un fenómeno educativo. También puede incluir situaciones ficticias, como un caso hipotético o una simulación, que permiten explorar escenarios posibles y poner a prueba conceptos teóricos. La empiria es la “materia prima” del análisis; sin embargo, no habla por sí sola. Requiere ser interpretada a la luz de la teoría. La interpretación es el proceso de dar sentido a la empiria a través del lente de la teoría. Implica un ejercicio de reflexión crítica en el que se conectan los datos con los conceptos teóricos, se identifican las implicaciones y se construyen nuevas comprensiones. La interpretación no es una mera descripción de lo que se observa, sino una explicación argumentada que revela las causas, las consecuencias y el significado del fenómeno analizado.

Guía práctica para un análisis crítico y reflexivo

El cuadro que se presenta a continuación tiene como principal objetivo ilustrar los elementos fundamentales que deben articularse en un análisis crítico y reflexivo. Su diseño responde a una finalidad didáctica, buscando ofrecer una guía práctica para aquellos que se inician en el desafío de adoptar este enfoque, ya sea en el contexto de su formación académica o en el ámbito de su desempeño profesional.

Con el propósito de facilitar la comprensión y aplicación del análisis crítico-reflexivo, el cuadro se estructura en tres filas interrelacionadas: La primera fila (conceptos/teoría), expone, a modo de ejemplo, una selección de categorías conceptuales que pueden resultar relevantes para el análisis educativo y social. Estas categorías, extraídas de diversas teorías y marcos conceptuales, proporcionan el lenguaje y las herramientas analíticas necesarias para examinar la realidad de manera sistemática y fundamentada. Lejos de ser meras etiquetas, los conceptos teóricos permiten identificar, clasificar y relacionar los fenómenos observados, otorgando profundidad y rigor al análisis. La segunda fila (empiria) presenta una situación ficticia, que sirve como objeto de análisis. En el ejemplo proporcionado, se trata de un evento hipotético en el ámbito escolar, diseñado para demostrar cómo es

posible reconstruir o relevar información relevante sobre un fenómeno educativo concreto. La empiria, en este sentido, constituye el “caso” o la “evidencia” que, luego, se examina a la luz de las categorías conceptuales, permitiendo conectar la teoría con la práctica y fundamentar las interpretaciones en datos concretos. La tercera fila (interpretación) muestra un posible ejercicio de redacción analítica, donde se ilustra cómo vincular y/o confrontar los elementos teóricos expuestos en la primera fila con la situación empírica presentada en la segunda. Este proceso de interpretación implica un trabajo intelectual complejo, que va más allá de la mera descripción de los hechos. Se busca establecer relaciones significativas entre la teoría y la empiria, identificar patrones, contradicciones o tensiones, y construir explicaciones fundamentadas que den cuenta de la complejidad del fenómeno analizado. Si bien el cuadro ejemplifica la estructura del análisis, se subraya la importancia de respaldar las interpretaciones con aportes de diversos autores y teorías, enriqueciendo así la argumentación.

Teoría/ Conceptos	Educación: práctica escolar; alfabetización; Enfoque pedagógico tradicional; Rol docente; Relaciones de poder
Empiria (Situación Real o Ficticia)	En una clase cualquiera, el/la docente comienza el encuentro escribiendo en la pizarra y exponiendo ejemplos conceptuales. En un momento dado, una estudiante ingresa al aula y toma asiento. Inmediatamente, abre su carpeta y comienza a copiar el contenido de la pizarra. Al notar que algunos conceptos fueron explicados oralmente y no están escritos, la estudiante pide los apuntes a sus compañeros/as. Al observar esta situación, el/la docente expresa: “Encima de que llegas tarde, interrumpes la clase, molestas a tus compañeros/as, no prestas atención, no hablas bien, no escribes correctamente y no entiendes nada. No sé qué haces aquí”. La estudiante baja la cabeza y escribe en su cuaderno: “no soy nada”.
Interpretación	El fragmento describe una escena en el contexto escolar: un/a docente impartiendo su clase. Este acto, enmarcado dentro de la práctica escolar, se inscribe en la finalidad primordial de la escuela: la enseñanza de saberes validados socialmente. En otras palabras, el/la docente participa en el proceso de alfabetización al transmitir conocimientos organizados en torno a diversas temáticas. Sin embargo, esta situación revela una complejidad que trasciende la mera descripción de la acción docente. Es posible observar que la metodología empleada por el/la docente se alinea con un enfoque pedagógico tradicional. Esta observación plantea interrogantes fundamentales sobre el cómo lleva adelante su enseñanza y su capacidad para promover un aprendizaje significativo

en todos los estudiantes. Como señala Paulo Freire, la "educación bancaria", caracterizada por la transmisión unidireccional del conocimiento, puede obstaculizar el desarrollo del pensamiento crítico y la autonomía del estudiante. En este sentido, es crucial cuestionar si la práctica docente descrita favorece la construcción activa del conocimiento por parte de los alumnos o se limita a la mera recepción pasiva de información.

Además, la situación invita a reflexionar sobre el rol del/a docente como mediador del aprendizaje. Autores destacan la importancia de un enfoque educativo centrado en el estudiante, donde el/la docente actúa como facilitador del proceso de aprendizaje, fomentando la participación, el diálogo y la colaboración. Desde esta perspectiva, la actitud y las estrategias pedagógicas de el/la docente deberían ser analizadas en función de su capacidad para crear un ambiente de aprendizaje inclusivo y estimulante, donde se respeten los ritmos y estilos de aprendizaje de cada estudiante.

Asimismo, la dinámica del aula está influenciada por diversos factores, incluyendo las relaciones de poder entre docente y estudiantes. Michel Foucault, en sus trabajos sobre el poder y el saber, argumenta que las instituciones educativas son espacios donde se ejercen relaciones de poder que moldean las subjetividades y los comportamientos. En este contexto, es fundamental examinar cómo el/la docente utiliza su autoridad y qué tipo de interacciones promueve en el aula. ¿Fomenta un clima de confianza y respeto mutuo, o reproduce patrones de dominación y sumisión?

Es crucial enfatizar que el cuadro tiene un propósito meramente orientativo. Se espera que un análisis crítico y reflexivo completo se plasme en un texto escrito extenso y argumentado, donde la interpretación ocupe un lugar central. En este tipo de texto, se articularían de manera coherente y profunda los tres elementos clave del análisis: la teoría/conceptos, la empiria y la interpretación propiamente dicha.

Reflexiones finales

Asumir el análisis crítico y reflexivo como parte constitutiva del quehacer educativo no es solo una elección metodológica, sino una apuesta ética y política por una educación comprometida con la transformación social. En un contexto atravesado por desigualdades, tensiones y desafíos complejos, pensar críticamente se vuelve una práctica imprescindible para desnaturalizar lo dado, interrogar los supuestos que sostienen nuestras acciones y construir nuevas formas de comprender y actuar en el mundo.

Este enfoque invita a los/as educadores/as a reconocerse como sujetos activos, capaces de interpretar su realidad desde una mirada situada, sensible a las múltiples dimensiones que la configuran. Al articular teoría, empiria e interpretación, el análisis crítico y reflexivo permite no solo comprender la complejidad de los fenómenos educativos, sino también intervenir en ella de manera más consciente, fundamentada y transformadora. Desarrollar esta mirada implica sostener una actitud de apertura, duda y compromiso permanente. No se trata de alcanzar certezas absolutas, sino de construir saberes significativos que orienten la acción educativa hacia horizontes más justos, democráticos e inclusivos. Porque pensar críticamente no es un fin en sí mismo, sino una forma de habitar el mundo con responsabilidad, sensibilidad y esperanza (Freire, 2016).

Referencias

Anijovich, R., & Cappelletti, G. (2021). La formación de formadores en práctica reflexiva. En R. Anijovich & G. Cappelletti (Comps.), *Formar en práctica reflexiva* (pp. 13–24). Aique Grupo Editor.

Dallorso, N., Di Virgilio, M. M., Giorgetti, D., Lewin, H., & Giraldez, S. (2016). Investigar en la Universidad: ¿Qué? ¿Para qué? ¿Con quiénes? *Sociedad*, 34(12), 106–120. <http://hdl.handle.net/11336/50513>

Freire, P. (2016). El maestro sin recetas: *El desafío de enseñar en un mundo cambiante*. Siglo Veintiuno Editores.

Guber, R. (2001). *La etnografía: Método, campo y reflexividad*. Grupo Editorial Norma.

Nicastro, S. (2018). *Trabajar en la escuela: Análisis de prácticas y experiencias de formación*. Homo Sapiens Educaciones.

Paredes, J. P. (2013). *El presente potencial y la conciencia histórica*. *Polis*, 36. <https://journals.openedition.org/polis/9479>

Quintar, E. (2006). Presentación. En H. Zemelman, *El conocimiento como desafío posible*. Instituto Politécnico Nacional; Instituto Pensamiento y Cultura en América Latina A.C.

Zaffaroni, A. (2005). *Modos de producción del conocimiento en la ciencia contemporánea: Una mirada sobre el campo de los conocimientos científicos acerca de la educación* [Manuscrito no publicado]. Seminario de Doctorado, Universidad de Buenos Aires.